

tratemos un negocio de gravísima importancia que días há estoy para comunicaros, fiando el acierto de vuestra sapientísima resolución. Atendedme.

«Ya sabéis cómo, por constitución inmemorial de los colegios, cada uno debe tener su sobrenombre. Yo cuando vine hallé esta costumbre establecida, recibí el mío con la mayor humildad, y después acá he procurado cumplir con mis deberes, poniendo á todos su nombre, según mi corta capacidad. Tú, por mi cuenta te llamas *Séneca*, por sentencioso; tú, el *Aplastado*, por chaparro; tú, el *Alambique*, por tus desaforadas narices; tú, el *Discreto*, porque eres de Querétaro; tú, el *Zorro*, por astuto é hipócrita; tú, la *Niña*, por bonito y afeminado; á mí me llamáis *Sansón Carrasco*, por panzón, por grandote, ó por lo que os dé la gana; de manera, que cada uno de nosotros los presentes, ausentes, pretéritos y por venir, tienen, han tenido y tendrán su sobrenombre *usque in saecula*, hasta el fin de los siglos, sin que ningún bicho viviente en el colegio se quede sin el suyo, *de capite ad calcem*, esto es, desde el rector hasta el portero.

»Reflexionando esto con la debida atención y madurez y considerando que nuestra jurisdicción ó autoridad de poner nombres no está limitada dentro de las paredes del colegio, sino que se puede extender *ad libitum*, á nuestro antojo, he acordado que sería muy bueno y muy loable poner su nombre á una señorita á quien

visitamos, y en cuya casa nos hacen agasajo. ¿Qué mejor prueba podemos darle de nuestra gratitud? ¿Ni de qué mejor modo le pagaremos los bizcochitos y el chocolate que nos da su madre, sino titulado á su hija *more nostro*, según nuestro modo y nuestra crianza?

»En este caso, encajándole un título á cuestras á la hija de nuestra protectora, obraremos, no sólo con justicia, sino con habilidad magnífica.

»En esta inteligencia, habéis de saber, preclaro é ilustrísimo congreso, que la señora doña Pomposa Langaruto y Contreras, que en paz descanse...»

—¿Pues qué, ha muerto? dijo el *Zorro* muy espantado.

Y *Sansón* respondió siguiendo su discurso:

«—Ella no ha muerto; pero su nombre propio murió en ella desde esta misma noche, y en virtud de hallarse sin nombre, os he convocado, sapientísimos y prudentísimos señores, para que determinéis cuál es el que se le debe poner.

»El caso es de los más graves y de los más urgentes; conque resolved *hic et nunc*, ahora y sin separarnos de aquí, qué nombre se le deberá poner á esta señora.»

—Por mí que se le ponga la *Aventada*, dijo el *Alambique*, con alusión á su mucha vanidad.

—Aunque hay alusión, dijo el *Aplastado*, es nombre muy bajo y muy equívoco, pues quien no sepa por qué se

le puso, creará que está enferma, y esto cede en contra de su honor, lo que por ningún caso nos es lícito. Mejor será llamarle la *Sacudida*.

—Ni por pienso, replicó el *Discreto*; porque ese nombre tiene la misma nulidad que el que acabas de reprobar. Pueden pensar tal vez que se le puso porque es una coquetilla meneadora. Yo soy de opinión que se le llame la *Venus*, por hermosa.

—Aquí no se trata de lisonjearla, sino de ridiculizar su carácter, dijo *Séneca*; mejor será llamarla *Circe*.

—Cierto que es un nombre muy bonito y significa ser una hechicera por su beldad, dijo el *Zorro*; pero aunque en la substancia la ridiculiza, para los que no saben quién fué *Circe*, ni tienen más noticia sino que fué hermosa, no sirve ni significa nada el nombrecillo. En tal caso, y ya que ustedes quieren acomodarle un nombre de la Mitología, más bien le cuadra el de *Medusa*, pues todos saben que ésta tenía serpientes enroscadas por los cabellos, y esto alude también á los infinitos caracoles de *Pomposa*.

—Es verdad, replicó la *Niña*; pero ese nombre por ese motivo está mal puesto, pues aquí han dicho que se trata de ridiculizar su carácter, no su cuerpo ni su modo de vestir; y así, si mi sentir valiera, yo le pondría la *Desdeñosa*.

—Eso no significa nada, dijo otra vez el *Aplastado*,

porque nada particular especifica de ella. ¿Qué muchacha bonita hay que no sea desdeñosa? y así, ponerle ese nombre, es lo mismo que no ponerle ninguno, pues lo que á todos es común á nadie es particular; y pues que entre nuestras opiniones hay tanta discordancia, diga vuestra señoría su parecer, señor presidente.

—Nada extraño es, sapientísimo congreso, dijo *Sansón Carrasco*, que en los grandes asuntos haya también grandes dificultades, ni que se encuentren las opiniones entre sí. Yo, después de admirar vuestro tino y vuestra ilustración, ¿qué podré decir que merezca vuestra aprobación apetecible?

»Sin embargo, pues me habéis honrado días hace con el título de vuestro presidente, y en vista de vuestra indecisión queréis que diga mi parecer, con el permiso de esta respetable asamblea, y protestando siempre sujetarlo al mejor voto, digo: que debiendo tener el nombre que se le ponga á *Pomposita* las cualidades de ridículo, significativo, gracioso y conveniente, creo que no hay otro que mejor le cuadre ni que reuna en sí todas estas circunstancias, que el de la *Quijotita*.

»Si hacemos un paralelo entre la demencia, modales y carácter del caballero de los leones y la de doña *Pomposa Langaruto*, hallaremos que, salvando la debida proporción, hay entre ambos alguna semejanza. Probémoslo.

»Don Quijote era un loco y doña Pomposa es otra loca. Don Quijote tenía lúcidos intervalos en los que se explicaba bellamente, no tocándole sobre caballería; doña Pomposa tiene los suyos, en los que no desagrada su conversación; pero delira en tocándole sobre puntos de amor y de hermosura. El fantasma que perturbaba el juicio de don Quijote era creerse el más esforzado caballero, nacido para resucitar su orden andantesca; el que ocupa el cerebro de doña Pomposa es juzgar que es la más hermosa y la más cabal dama del mundo, nacida para vengar su sexo de los desprecios que sufre de los hombres, haciendo á éstos confesar en campal batalla en el estrado, que la belleza es todo cuanto mérito necesita una mujer para atraerse todas las adoraciones del universo. Don Quijote siempre esperaba llegar á ser emperador á costa de la fuerza de su brazo; doña Pomposa siempre espera ser cosa grande, título de Castilla cuando menos, á favor del poder de su belleza. Don Quijote tenía su dama imaginaria, á quien juzgaba princesa; doña Pomposa ya tendrá en la cabeza algún amante prevenido á quien hacer digno de sus favores, y éste será un embajador ó un general. Don Quijote en los accesos de locura á nadie temía; doña Pomposa en los suyos á nadie teme, y se expone á los más evidentes peligros con los hombres, creyendo salir siempre victoriosa de sus asaltos. Don Quijote acometió una manada de carneros como si

fuesen caballeros armados; doña Pomposa entra á las batallas amorosas que le presentan mil batalleros armados de malicia, con más confianza que si lidiara con carneros, y tanto fía de las saetas de sus ojos, que temo vuelva chivo al que se descuidare. Don Quijote... pero ya habré cansado vuestra atención, serenísimo congreso, con tanto quijotear. Sí, en efecto; basta con lo dicho para probar que este nombre le conviene. *Conveniunt rebus nomina saepe suis.*

»Ustedes, señores, como tan sabios y entendidos, determinarán si se le debe acomodar. Dixi.»

Celebraron todos el gran talento, juicio y madurez de su presidente el señor Carrasco, y *nemine discrepante resolvieron ponerle el nombre de QUIJOTITA, y se extendió el honorífico diploma.*

—Ya todo está hecho, dijo el Zorro; pero no basta que nosotros sepamos que Pomposa se llama *Quijotita*, es menester que lo sepa ella y que lo sepan todos cuantos puedan. Para esto es necesario decírselo, no á secas, sino con un versito que le guste. Este maldito *Alambique* es medio poeta y él nos sacará del cuidado.

—Soy contento, dijo el *Alambique*; ¿y qué se puede perder por servir á ustedes y á la bella *Quijotita*? A ver el tintero para acá...

En menos de dos minutos escribió el poeta una decimata que á todos les gustó, y él dijo:

—Ya el verso está hecho, ahora ¿quién le pone el

casabel al gato? ¿quién lo lleva, y cómo se le da? porque á tanto no me arriesgo yo.

—No hay que apurarse, dijo Sansón; el *Zorro* nos sacará de este cuidado, pues siempre los zorros son astutos.

—Amén, amén, amén, contestó el humilde *Zorrito*.

Y quedaron de acuerdo en que lo llevarían el primer jueves; que irían todos los siete juntos, y para que no pudieran culpar á ninguno de ellos, ni venir en conocimiento de que eran los autores del pasquín, llevarían otros cuatro compañeros más; con eso había muchos de quién pudieran sospechar, y ellos, los tertulios de la casa, echarían la culpa á los nuevos compañeros que llevaran, en caso de que la *Quijotita* ó su mamá les reconvieran. En esto quedaron, cuando la campana les avisó que era hora de cenar y se fueron corriendo al refectorio.



CAPITULO XXI

En el que se cuenta una conversación que tuvo el coronel con su sobrina Pomposa, y la gran cólera que hizo ésta, cuando supo que le habían puesto *Quijotita*.

Al día siguiente fué Pomposa, alias la *Quijotita*, á visitar á Pudenciana, para que le hiciera un cordón de chaquira, de que colgar un retrato suyo. Estaban las dos muy divertidas mirando la miniatura, cuando entró el coronel á su cuarto, y le dijo Pudenciana:

—Mira, papá, y qué bonito está el retrato de Pom-